

## EL MAR

Allí estuvimos juntos el mar y yo. Mis pasos,  
hundiéndose en la blanda longitud de la arena,  
iban dejando rosas abiertas en su carne.  
La tarde y yo callábamos.  
Tan solo se escuchaba respirar al silencio,  
que mi boca, poblada de lejanas ausencias,  
estaba aquella tarde llena de nombres muertos.  
Solo el mar musitaba una canción antigua,  
como el eco lejano de una pena indolora,  
o tal vez como el tedio de una herida sin fondo.  
Nunca lo supe. Nunca entendí su leyenda,  
ni la querencia extraña de su pecho entreabierto,  
que quizá sus lamentos jamás tuvieron nombre.  
Cuando quiso la tarde desplomarse sin ruido  
y, lejanos, como ojos abiertos en la noche,  
ya brillaban los halos de una luz derribada,  
yo deshice mis pasos  
para volver de nuevo a la orilla del mundo.  
Pero el mar todavía murmuraba su cántico,  
y su fragor insomne me abrazaba por dentro.  
Se vencieron mis párpados y empecé a adormecerme,  
sintiendo mi naufragio en su oscura garganta.  
Y entendí, entre las sombras, su acento milenario,  
y supe nuestra íntima soledad compartida.

Juana Pinés Maeso